

## ADIOS DE NUEVO, AMIGO JUAN MANUEL

Vitoria, 27 de diciembre de 1985

Estimado amigo Juan Manuel:

Estoy en deuda contigo desde semanas atrás, cuando me escribiste para solucionar aquellas cuestiones que te plantee y asegurarme definitivamente que no podías venir, por ahora, a esta Universidad debido a tu delicado estado de salud. Gracias por tu desinterés, me ayudaste a resolver satisfactoriamente un problema dificultoso en tales circunstancias...

Este o muy parecido era el comienzo de una carta que tenía sobre la mesa, cuando el 15 de enero un amigo común me notificó que nuestro querido Juan Manuel Rozas había fallecido el día anterior. En esa fecha la Universidad española, concretamente la de Extremadura, perdía uno de sus Profesores más entregados a la docencia y a la investigación literarias. Su larga cruel enfermedad no le había restado coraje para mantener, en lo posible, ambas actividades.

Mi memoria retorna a aquellos ilusionados tiempos de universitarios, cuando, acabadas las clases diarias, volvíamos desde nuestra Facultad hasta Princesa paseando tranquilamente; mientras, comentábamos las incidencias de la jornada: alegres chascarrillos estudiantiles o agudeza y talante de algunos profesores. Tú, Juan Manuel, solías llegar a las últimas lecciones de la mañana, con la vista cansada por la vigilia de horas encima de los libros; tus ojos enfermizos testimoniaban el intenso constante esfuerzo nocturno, al que los sometías. En aquellos regresos de la Universidad me aconsejabas: Es que hay que leer las obras; no puede, no debe uno quedarse sólo con las explicaciones, a veces tan deficientes e insuasivas... mucho menos admitir todo como paguatos. Yo me dedico a leer por la noche hasta la madrugada y tomar notas que me pueden interesar. Sin embargo, no olvidabas pedirme los apuntes que había cogido «por si tienes algo interesante y porque en los cursos no conviene lo muy personal y distanciarse de lo que se debía hacer en las aulas. Se corre cierto peligro...». Cambiábamos los folios, me entregabas los prestados en fechas anteriores, que yo recogía con afán de muy legítima curiosidad para leer tus anotaciones y comentarios marginales que, sin mucho pensarte, habías escrito en ellos. No estoy de acuerdo con esto... no hegas caso. Podías ver tal obra; completará este asunto. Nada

### III

## Homenaje. Semblanzas y recuerdos

novedosa y original de... hora de explicación. Y si acaso te pedía alguna explicación, ¡vaya! —me respondías a

## ADIOS DE NUEVO, AMIGO JUAN MANUEL

Vitoria, 27 de diciembre de 1985

Estimado amigo Juan Manuel:

Estoy en deuda contigo desde semanas atrás, cuando me escribiste para solucionarme aquellas cuestiones que te planteé y asegurarme definitivamente que no podías venir, por ahora, a esta Universidad debido a tu delicado estado de salud. Gracias por tu desinterés; me ayudaste a resolver satisfactoriamente un problema dificultoso en tales circunstancias...

Este o muy parecido era el comienzo de una carta que tenía sobre la mesa, cuando el 15 de enero un amigo común me notificó que nuestro querido Juan Manuel Rozas había fallecido el día anterior. En esa fecha la Universidad española, concretamente la de Extremadura, perdía uno de sus Profesores más entregados a la docencia y a la investigación literarias. Su larga cruel enfermedad no le había restado coraje para mantener, en lo posible, ambas actividades.

Mi memoria retorna a aquellos ilusionados tiempos de universitarios, cuando, acabadas las clases diarias, volvíamos desde nuestra Facultad hasta Princesa paseando tranquilamente; mientras, comentábamos las incidencias de la jornada: alegres chascarrillos estudiantiles o agudeza y talante de algunos profesores. Tú, Juan Manuel, solías llegar a las últimas lecciones de la mañana, con la vista cansada por la vigilia de horas encima de los libros; tus ojos enfermizos testimoniaban el intenso constante esfuerzo nocturno, al que los sometías. En aquellos regresos de la Universidad me aconsejabas: Es que hay que leer las obras; no puede, no debe uno quedarse sólo con las explicaciones, a veces tan deficientes e insulsas... mucho menos admitir todo como pazuatos. Yo me dedico a leer por la noche hasta la madrugada y tomar notas que me pueden interesar. Sin embargo, no olvidabas pedirme los apuntes que había cogido «por si tienes algo interesante y porque en los exámenes no conviene lo muy personal y distanciarse de lo que se debía haber oído en las aulas. Se corre cierto peligro...». Cambiábamos los folios; me entregabas los prestados en fechas anteriores, que yo recogía con afán de muy legítima curiosidad para leer tus acotaciones y comentarios marginales que, sin mucho pensártelo, habías escrito en ellos: No estoy de acuerdo con esto... no hagas caso. Podías ver tal obra; completará este asunto. Nada nuevo; tomado de tal manual o libro... ¡Mira!, una aportación novedosa y original de diez minutos en tres cuartos de hora de explicación. Y si acaso te pedía alguna explicación, ¡bah! —me respondías a

veces con una sonrisa flemática y chispeante—, son cosas mías; se me ocurrió porque hace poco leí tal obra... déjalo. Mira, entiendo mejor y gozo mucho más ahora al leer el teatro del Siglo de Oro desde que vi por tercera vez el *Arte nuevo*.

Ya, desde aquellos años de universidad, se podía presumir, leyendo estas notas, qué temas te atraían más intensamente, cuáles serían los puntos de tu interés investigador y las obras que consecuentemente publicarías más tarde. Recuerdo un día soleado, caminábamos de vuelta a la ciudad —sería la primavera del año sesenta, último curso en la Facultad— con qué entusiasmo te explayabas sobre algunos poetas del 27, cuyas obras andaban entre tus manos por entonces.

Fuiste lo que esperábamos: un Profesor, trabajador infatigable, dedicado por completo a su labor... Y ya no estás con nosotros. Aquellos días de finales de 1985 nos sentimos desgraciadamente afectados con tu empeoramiento y, semanas después, con la pérdida del gran amigo dispuesto siempre a ayudar sincera y desinteresadamente, entregado a sus trabajos a pesar de las crueles ataduras de persistente enfermedad.

Actualmente, a los cinco años de tu fallecimiento, cuando los de fuera quieren, por economía de mercado, suprimir una letra de nuestro alfabeto, patrimonio exclusivo de la lengua castellana —idea desatinada por cierto pero comprensible porque viene de quienes desconocen nuestro idioma—, y los de aquí, algunos padres de la patria, minusvaloran la Literatura Española hasta reducir a un mínimo exiguo el tiempo de su enseñanza en el nuevo bachillerato y en las Facultades incluso de Filología —idea necia y desafortunada y también comprensible por la poca valoración que de las humanidades tienen algunos de nuestros gobernantes— te necesitábamos de verdad. A ti y a otros muchos entusiasmados por la Ciencia Lingüística y Literaria, para transmitir a los alumnos su aprecio. Seguro que nos ayudarás en esta ingrata y también gratificante labor con tus escritos ya conocidos y con los que aún están por publicar.

Unas palabras de despedida: No te olvidamos.

JUAN JOSÉ ORTIZ DE MENDÍVIL

## MAGISTERIO DE JUAN MANUEL ROZAS

Siempre el recuerdo de Juan Manuel Rozas acude unido a las aulas y a los libros. En las aulas de la Complutense, de la Autónoma y de Extremadura, dejó, sin duda, lo mejor de sí, de su saber y de su talante humano. Su entusiasmo y entrega a la clase —durante muchos años, la mejor medicina de su larga y penosa enfermedad— eran ciertamente ejemplares.

Tuve la suerte de seguirle un seminario sobre Calderón y los autos en el Consejo, allá por 1966, mi tercer año de carrera. Pero después le he visto preparar, sentir, contarme muchas clases. Más de dos veces he bajado con él hasta la puerta del aula escuchándole una lección, pongamos sobre Lope o el 27, de la que me había comenzado a hablar muchos minutos antes, quizá al enseñarme esa mañana la primera de *Presagios* o una edición antigua de las *Rimas*, recién conseguidas. La clase la entendía de una manera muy vivencial —lo recuerdo paseando entre las mesas, aflojado el nudo de la corbata e inhalando «ducados» incansable—. En la clase, decía, hay que actuar, es un teatro, nuestro teatro, el gran teatro de nuestro pequeño mundo literario. Había que desentrañar el tema, la forma y contenido de la obra, su origen y su historia, y respetar el sentido de su letra. Estructura y visión del mundo —términos que le gustaba emplear, no sé si recordando a Goldmann—, sobre estrictos pilares filológicos, era la fórmula.

Comencé a trabajar con Juan Manuel en la preparación de mi tesis doctoral. El proyecto era el estudio de los orígenes del auto sacramental. Fue suficiente, sin embargo, la obra del bachiller extremeño Diego Sánchez de Badajoz, tan ruda y tan sugerente en su primitivismo. La lectura atenta del bachiller nos sorprendió a ambos. Juan Manuel me dejó el libro de Frida Weber, que reseñé para *Segismundo*, y en un viaje que hizo entonces la ilustre profesora argentina a Madrid, me la presentó y tuve la ocasión de comentarle algunas dificultades de mi estudio. También pude hablar con Eugenio Asensio y con otra profesora del equipo de Buenos Aires, Celina Sabor de Cortázar. Un verano, de 1972 o 1973, hicimos un viaje a Cáceres. Juan Manuel iba a visitar a su hermano, yo a consultar los fondos extremeños de Rodríguez-Moñino en la Biblioteca Pública (años más tarde, Manolo Pecellín me mostraría los fondos de López Prudencio, en Badajoz, cuya consulta entonces me hubiese sido fundamental). Quizá en aquel viaje ambos tomamos la decisión íntima y personal de algún día trasladarnos a trabajar a Extremadura.

En la Universidad de Extremadura acarició el proyecto de una historia de la literatura en Extremadura y de una biblioteca de autores extremeños. No sé —o sí sé— por qué razones, el proyecto no llegó a remontar el vuelo. Algo se hizo en algún curso que se celebró en Mérida (bibliografía, Moñino, Diego Sánchez, Naharro, Meléndez...) y en alguna publicación, como *Miscelánea Cacereña* (el padre Salas, el teatro en Plasencia), los suplementos de *Alminar* o la enciclopedia para Planeta, que no llegó a ver la luz. Juan Manuel no dejó de ocuparse de la literatura extremeña, ni tampoco quienes han continuado su labor en el Departamento cacereño.

Colaboré con él en varios trabajos sobre poesía barroca. Junto con Cervantes y Lope, era el tema que de verdad le apasionaba. Tenía una visión meridiana de los problemas (movimientos, escuelas, transmisión, relaciones, fuentes) de aquella poesía. Había leído a todos los poetas y a muchos los conocía de memoria. Fue una suerte oírle hablar de Villamediana (contar su muerte, interpretar el Faetón, recitar sus sátiras), o saber por él de Bocángel, del Príncipe de Esquilache o de los *Avisos para la Muerte*, recogidos por Luis Ramírez de Arellano. No hubo tiempo para muchos trabajos. Se quedó en la gaveta una antología comentada de la lírica barroca y algún proyecto. Lo lamentaré siempre. Pero lo que de veras importa es haber podido aprender tantas cosas de Juan Manuel Rozas.

MIGUEL ÁNGEL PÉREZ PRIEGO

U.N.E.D

## EL PRIMER ENCUENTRO DE J. M. ROZAS CON LA UNED

Corría el mes de febrero del año 1975, la Universidad Nacional de Educación a Distancia empezaba a afirmarse en el ámbito universitario español, gracias a personas ilusas, si ilusionadas no, como el gran sonetista, José Luis Tejada, Profesor Tutor de Literatura.

Asistía yo a los exámenes que se realizaban en el Centro Asociado de Cádiz, desde cuyas ventanas veíamos pasar las parejas que, disfrazadas, acudían a las fiestas de Carnaval. Terminadas las correspondientes sesiones, iba a pasear, por el Parque Genovés, con Pedro Valdecantos, historiador y bibliófilo, con sus puntas y collar de poeta y, sobre todo,

con un gran entusiasmo y una gran fe en la función social de la U.N.E.D.; entusiasmo y fe que, junto a las de otros directores de centros, la libraron del cerrojazo y clausura. Durante estos paseos, en los tibios atardeceres gaditanos, surgió la idea de realizar un Seminario sobre Literatura Medieval en Cádiz, que, como cuanto proyectaba Valdecantos, se organizó a lo grande; pero causas económicas nos obligaron a reducir el número de sesiones, por no cercenar los honorarios.

En la organización de la parte académica, colaboró el profesor de la U.N.E.D, José Luis Alvarez, que posteriormente, siendo su director, dejó el «Instituto Bárbara de Braganza», de Badajoz, por sugerencia de Rozas, y se trasladó a Cáceres.

Disminuyó, pues, el número de conferenciantes; pero, entre éstos, pudimos contar con la presencia de Juan Manuel Rozas, quien, cual nueva Palas Atenea, extendió ante nuestros admirados ojos (debo recordar que, entre los asistentes, se encontraba José María Pemán) el rico tapiz sobre los dioses y los humanos, diseñado por Gonzalo de Berceo.

En efecto, mientras los demás conferenciantes ofrecieron una visión panorámica de algunos aspectos literarios medievales (Francisco Rico disertó sobre la prosa de los sermones; Francisco López Estrada nos mostró las relaciones entre la lírica tradicional y la cortesana); Rozas nos introdujo en una obra concreta, los *Milagros* del clérigo riojano.

Como se puede comprobar en la edición que de la lección, magistral como todas las suyas, realizó el Centro de Cádiz, empezó mostrando la unidad de la obra, basado en: a) la unidad de la fuente (algún códice semejante al manuscrito latino conservado en Copenhague), cuyo orden sigue, aunque (Berceo o el códice latino desconocido) suprime algunos milagros; b) la fuerte cohesión unitaria de algunas de estas colecciones de milagros marianos en latín; c) la voluntad de Berceo, poeta de obras largas que se ha esforzado conscientemente en cerrar la estructura de su libro e intenta ofrecer un tratado mariológico, sirviéndose de una «Introducción» y un milagro final que, junto a ciertas frases esparcidas a lo largo de la obra, la integran y la nacionalizan; d) el orden de los milagros, idéntico en los dos manuscritos entonces más conocidos, los cuales corresponden a dos ediciones de la obra (una hacia 1246, año de la muerte de don Tello Téllez de Meneses, y después de 1252, el de la muerte de Fernando III, la otra): el de «La Iglesia robada», redactado con posterioridad por Berceo, se añadió, de acuerdo con Dutton, al final del de 1242 y, en el otro, se intercaló antes del de «Teófilo». Este, con los tres solemnes «Amén», se concibió como conclusión del libro porque la despedida final con el nombre explícito de Gonzalo lo coloca

en perfecta simetría con la «Introducción»; e) Berceo que, para la primera edición, seleccionó 24 de los milagros del manuscrito latino, añadió «La iglesia robada», a fin de redondear el número de los milagros, veinticinco (cuadrado de cinco, el número mariano), que usa otras veces.

En la «Introducción», eje unitario y significativo de todo el libro, tenemos una descripción del *locus amoenus*, relacionado explícitamente con el Paraíso terrenal, de acuerdo con la sugerencia de Orígenes. Hay, por tanto, un deseo de intelectualizar y racionalizar, por medio de la alegoría, el sentido de todos los milagros. Integran la alegoría, en primer lugar, la Virgen con los evangelistas, los Santos Padres, los milagros y las preces de María —el prado con sus fuentes, flores, árboles y sombra—; en segundo lugar, el lector y los espectadores —romero, pues aparece un *yo* poético, individualizado en el narrador y adoctrinador del poeta que se transmite al *yo* del lector (o al *nosotros* de los espectadores del recital)—.

La Virgen, centro significativo que da unidad a todos los milagros, sólo ante Dios, dueño de la vida y de la muerte, se inhibe en su acción; incluso en aquellos milagros en que intervienen otros personajes (Cristo, Santiago o San Pedro), éstos aparecen con la misma importancia que ella.

Los personajes se sitúan en siete planos, según una jerarquía tomada del feudalismo: Cristo, María, ángeles (buenos y malos), santos; y, ya en el mundo, los docentes, los hombres en general (buenos y malos), y por fin el narrador y los oyentes. Sólo tres son esenciales para la acción: el nuestro, de lectores u oyentes, el de los hombres buenos o malos y el de María. Es como si mirásemos un retablo o pórtico gótico con este esquema, que es el de *El clérigo ignorante*: nosotros, el clérigo y el obispo, y María. Pero en conjunto la suma de agonistas bien puede ser el Hombre Medieval, con mayúsculas. Así, pues, el protagonista es siempre un hombre al que le suceden una serie de cosas que le sirven al lector de enseñanza (función moralizadora de una literatura de tesis emparentada con los *exempla* medievales y la hagiografía moralizante). En resumen, la estructura de los milagros es la de un retablo o pórtico gótico en el que caben siete planos en altura, de Cristo el oyente; y la dinámica *María-hombre* es la dialéctica *dogma-moral*.

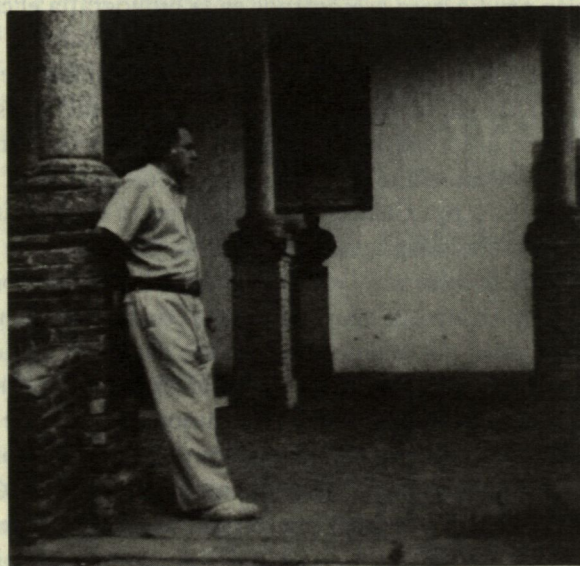
Tras una clasificación funcional de los *Milagros* (de premio y castigo, de perdón y de conversión o crisis), nos introdujo en los de crisis, donde aparecen las seis pasiones radicales en el hombre (mundo, demonio y carne), con sus respectivas crisis hacia el bien: la ira y el ansia de poder (pasiones demoníacas), el amor y el alcoholismo (pasiones carnales), la vanidad y la crisis vocacional (pasiones mundanas). Los héroes

tienen todos unas características comunes, enlazadas a través de tres secuencias o funciones: caída, reconocimiento, y superación gracias a María; a su vez, se pueden agrupar en dos tipos, aquellos en que otro hombre u hombres funcionan como antagonistas del protagonista y aquellos en que no existe un elemento humano que les ponga en crisis.

Con esto Rozas nos tenía ya preparados para poder desplegar todo el esplendor de sus paños. Aplicando la doctrina del *clímax* y *anticlímax*, como hiciera con el *Faetón* de Villamediana, nos dibujó una estructura que recuerda, por un lado, la de los escenarios múltiples (verticales y horizontales) medievales, y por otro, los tímpanos de los pórticos góticos, con su doble ordenación, vertical y horizontal, y sus múltiples ejes. En los dos milagros analizados («El clérigo ignorante» y «La iglesia profanada») mostró los tres sentidos: dogmático, moral y existencial. Con ello quedamos los presentes todos maravillados.

Este fue el primer contacto de aquel gran hombre con la, entonces, tan denostada cuanto hoy apetecida y buscada, Universidad Nacional de Educación a Distancia. Con la llegada de su íntimo amigo y compañero, Antonio Quilis, sus colaboradores se multiplicarían; pero esos fueron otros tiempos.

JOSÉ RICO VERDÚ



En el Monasterio de Yuste. 1980.



**SEMBLANZA DE JUAN MANUEL ROZAS***El Seminario sobre Autos Sacramentales de Calderón con Juan Manuel Rozas en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas.*

Aunque existen muchas razones de tipo personal y profesional por las que podríamos realizar una semblanza de Juan Manuel Rozas, hemos querido centrarnos en este *Homenaje* en una época muy concreta de nuestras vidas. Quizá fueron los primeros años de investigación en el CSIC los que nos marcaron, tras los estudios universitarios, de manera más decisiva. Y en aquellos momentos de iniciación en la investigación filológica el papel de Juan Manuel fue esencial. En el último curso de la carrera, cuando nos disponíamos a preparar nuestras Memorias de Licenciatura, allá por el año 1964, es cuando le conocimos. El entonces catedrático D. Rafael de Balbín había organizado ya varios Seminarios de Teatro centrados en Calderón de la Barca <sup>1</sup>, concretamente en sus autos sacramentales. Un grupo de alumnos de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Complutense de Madrid, de la Sección de Filología Románica, acudimos interesados al Seminario, porque nos permitía iniciarnos en el campo de la investigación especializada. Y aquí tuvo lugar la intervención de Juan Manuel. El coordinaba el Seminario, al que también acudió para asesorarnos en la bibliografía el catedrático don José Simón Díaz. Después de las reuniones periódicas, Juan Manuel se quedaba con un grupo de alumnos que mostrábamos especial interés en el tema del seminario y nos hablaba de innumerables temas de Lope de Vega (su autor clásico preferido) y de los poetas áureos en los que trabajaba (Villamediana, especialmente). Fue no sólo la coordinación del seminario sobre Calderón lo que despertó nuestro interés por la investigación calderoniana, sino esas charlas amigables que prolongaban después y de manera muy efectiva nuestra inquietud por el teatro del Barroco. Una faceta que venía aparejada con ésta era el nacimiento de nuestra curiosidad por el libro como objeto de interés bibliofílico. Ni que decir tiene que en esto el estímulo y sabiduría de Rozas fueron decisivos. Y aunque el libro siempre fue para nosotros objeto de búsqueda y adquisición, a veces indiscriminada, él nos supo orientar con su enorme conocimiento por la bibliografía especializada (colecciones importantes de clásicos, ediciones antiguas y modernas esenciales, repertorios bi-

(1) Dimos noticia de este Seminario en el artículo «Seminario de estudios sobre Calderón de la Barca» en *Boletín de Filología Española*, Instituto «Miguel de Cervantes», CSIC, Madrid, 1964, n.º 12, págs. 31-33.

bliográficos, etc.); ello nos permitió interesarnos por las primeras ediciones de comedias y autos de Calderón, buscar en librerías anticuarias, y llegar a hacernos con algunos ejemplares que poco a poco significarían el inicio de unas colecciones de textos, que nos permitieron trabajar con las obras de forma estimulante, además de enriquecer nuestras bibliotecas.

Del seminario referido nació el impulso para la elaboración de nuestras Memorias de Licenciatura (ambas sobre Calderón) y de una de nuestras tesis doctorales. Los pasos fundamentales ya estaban dados. Nada tiene de extraño que por esa clase de fortuna nuestros caminos estuviesen en cierta manera trazados para que fructificase en ellos una colaboración que nos permitió investigar en manuscritos calderonianos de autos sacramentales hasta llegar a confeccionar un repertorio de papeletas de numerosas bibliotecas nacionales y extranjeras, que ha significado para nosotros mismos (y esperamos que para otros) un aliciente en la búsqueda de textos y un fruto considerable: el descubrimiento de textos perdidos de Calderón (*El primer blasón del Austria*) o atribuidos a él (*La montañesa*), de los que ya hemos realizado las correspondientes publicaciones.

El seminario concluyó no sin antes haber permitido una labor colectiva de tesis doctorales sobre autos de Calderón que suman la treintena y de las cuales se conservan ejemplares en el CSIC. Los entonces alumnos se dispersaron por ocupaciones o destinos diversos. La Universidad requirió a Juan Manuel, quien llevaba en sí la semilla de la docencia más arraigada, y cuyos resultados vería la propia universidad española fructificar en diversos lugares y a través de tantos alumnos y docentes que hemos seguido su camino; pero aquel seminario significó para nosotros un camino iniciado y nunca interrumpido. A él se lo debemos y nos parecía de pura gratitud y justicia el hacerlo constar aquí.

ENRIQUE RULL Y JOSE CARLOS DE TORRES

## JUAN MANUEL ROZAS, AMIGO DE LA INFANCIA

Desde que recibí la petición de un texto para el número que la *Revista de Estudios Extremeños* proyectaba dedicar al recuerdo de la personalidad humana y profesional de Juan Manuel Rozas comprendí que no podría negarme a ello.

En efecto, nunca me habría podido perdonar un rechazo a colabo-

rar en una iniciativa destinada a honrar la personalidad y mantener vivo el recuerdo de quien ciertamente fue mi primer y mejor amigo de la infancia, cuya muerte, humanamente prematura, conocí brutalmente al leer en Roma una elogiosa nota necrológica, publicada en un diario español.

Nuestra amistad comenzó en octubre de 1943, cuando coincidimos, al comienzo del curso, en el mismo pupitre en «la segunda clase» del Colegio de Ntra. Sra. del Prado, de los Marianistas, en Ciudad Real. No recuerdo si habíamos sido ya compañeros en «parvulitos», pero sí estoy seguro de que nuestra relación se inició o se hizo más estrecha en «párvulos».

Desde entonces y hasta que marché a Madrid, en octubre de 1951, nuestro trato fue continuo dentro y fuera del Colegio. Es de ese Rozas —así lo llamábamos entonces, antes de que, con los años, pasara a ser Juanma, Juan Manuel o Juan— del que me gustaría decir algo a los suyos, principalmente a su mujer, Tina, y a sus hijos.



Con su Departamento de Literatura de la Universidad Autónoma de Madrid. De izquierda a derecha: Antonio Rey, Jesús Cañas, Miguel A. Pérez Priego, Juanma, Mario Hernández, Pepe Rico y Enrique Rull.

Y me tengo que centrar en esa época porque posteriormente, para desgracia mía —pareja, creo, a la suya— nuestra relación fue muy limitada, aunque la arraigada amistad lograda en la infancia y en la adolescencia afloró siempre en nuestros contactos, tanto en los dos años de sus estudios superiores en Madrid, como —mucho más— cuando nos volvimos a encontrar nuevamente en esa ciudad, ya con nuestras vidas definitivamente orientadas de forma distinta a como parecían encauzarlas nuestros respectivos estudios iniciados en 1953: feliz él, casado con su querida Tina y con una familia ya numerosa, y entregado de lleno a su profesión, a sus estudios de la lengua y literatura españolas, a sus clases, metido totalmente en el mundo de las letras, que era el suyo desde niño, y al que, como luego recordaré, tuvo el acierto de volver tras sus intentos, necesaria y afortunadamente fallidos, en el de las ciencias al terminar el bachillerato; igualmente feliz yo en mi vida sacerdotal, hacia la que encaminé mis pasos tras los estudios de Derecho.

En esos encuentros (cuya época y duración exacta me gustaría poder precisar un día con tu ayuda, Tina) recordábamos con agrado nuestra infancia y adolescencia, que discurrieron para ambos como para muchos de nuestros compañeros, sobre todo en el Colegio, tanto en los días de clase como en los libres, en los que también íbamos allí ya fuera para jugar, ya fuera para purgar «tirando de pluma» nuestra frecuente incontinencia verbal en las clases (en las que solíamos sentarnos juntos, mientras el profesor lo soportaba...), sobre todo en «elemental» e «ingreso», castigados por el bueno de Don Elías. Revivíamos también nuestros juegos y paseos con otros amigos, como su primo Luis, el también desaparecido Javier Sánchez, Julio Morales, Paco de los Reyes... y otros, al parque Gasset y a la carretera de las huertas o a la Poblachuela, sin que faltasen en los últimos años juveniles las primeras muestras de interés por las niñas del Colegio de San José, presentes también por aquellos lugares. No olvidábamos tampoco las últimas horas de la tarde, de 7 a 9, pasadas muchos días en los locales de la Congregación de los Jesuitas, en la calle Ciruela —a unos pasos de su casa— con nuestras partidas de billar y de ping-pong. Tuvimos también presente las idas al cine, recordando sonrientes nuestra «turbación» al ver «Monsieur Verdoux» sin haber logrado consultar previamente su calificación moral, como entonces solía hacerse, a la entrada de la iglesia de los Jesuitas.

En esos encuentros, entre los recuerdos y el hablar de nuestras respectivas vidas y ocupaciones, estuve con el mismo amigo que había conocido como niño y adolescente, siempre radicalmente bueno, entrañable, optimista, con ansias de vivir, al que la plenitud de su madurez hu-

mana y profesional había enriquecido con otras cualidades, que le facilitaron encarar con serenidad sus problemas de salud y las preocupaciones anejas a su numerosa familia.

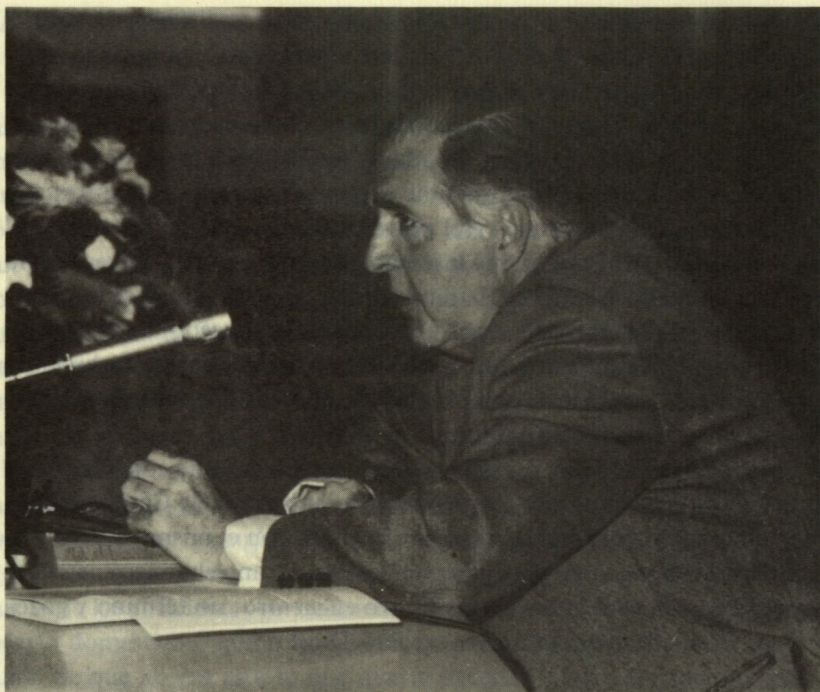
Encontré, sobre todo, a Juan Rozas completamente centrado, a diferencia de lo que, a mi modo de ver, le había ocurrido durante su primera etapa en Madrid, de 1953 a 1955. Me explico. El había descollado siempre en el Colegio en Literatura: le gustaba leer, amaba la poesía y el teatro y redactada como ningún otro de la clase. Pero en aquellos tiempos «se llevaba» en nuestra Ciudad Real y en toda España el estudiar Ingeniero de lo que fuera, como profesión reservada para los más inteligentes y que aseguraba un porvenir mejor. Juan, que era inteligente sin que las matemáticas fueran su fuerte ni le agradaran, había decidido prepararse para ingresar en la Escuela de Ingenieros Agrónomos, movido en parte por esa errónea opinión y probablemente también por el deseo de ocuparse mejor de un negocio familiar relacionado con la agricultura. Gracias a Dios se dio cuenta a tiempo de su error y tuvo el valor de rectificar, perdiendo aparentemente un par de años de estudios. Recuerdo bien cuando me comunicó que no aguantaba más y que, aunque las perspectivas pudieran ser menos halagüeñas, se iba a Zaragoza —donde tenía algunos familiares— para matricularse en Filosofía y Letras. Y, como eso era lo suyo, recuperó pronto el tiempo perdido a vueltas con las matemáticas.

Pasaron después unos diez años hasta que reanudamos, por última y temprana vez, nuestros contactos, y disfruté del reencuentro en Madrid y del conocimiento de Tina y de sus hijos. Sigo lamentando no haber sido más asiduo en mis visitas a casa, pues él no era hombre de muchas salidas, gustándole en cambio estar con sus libros y con su familia, recibir amigos. Después de mi marcha a Roma, en 1967, solamente al regresar de vacaciones tenía la oportunidad de verlo.

Sin ningún género de dudas, en ese último período la personalidad de Juan Manuel Rozas había madurado perceptiblemente, tanto desde el punto de vista profesional, lo cual era lógico, como humanamente.

No tengo autoridad alguna para juzgar su actividad profesional, pero sí puedo atestiguar su dedicación absoluta a su profesión, su entusiasmo por sus estudios, su respeto hacia sus maestros, su afán de transmitir su saber a sus alumnos. Hablando de todo ello, captaba fácilmente mi atención, aunque no se lo propusiera.

Teniendo mayor conocimiento de causa, me agrada dejar constancia de la continuidad enriquecida de las cualidades humanas de su infancia y adolescencia: la bondad innata, la amistad fiel, el optimismo con-



En el curso «Literatura española y Edad de Oro», de la Universidad Autónoma de Madrid. Mayo de 1984.



BIBLIOTECA NACIONAL

Tarjeta de lector número 13327, a favor de  
 D. **Juan Manuel ROZAS**  
 domiciliado en **Madrid, 58**  
 de profesión **Licenciado en F. y Letras**  
 Madrid, **11** de **Febrero** de 1964

**63**

El Director,

VÁLIDA HASTA 17 FEB 1965

tagioso, la serenidad esperanzada en los momentos difíciles, la sobriedad y la sencillez, la ausencia de vanidad ante el éxito, el amor a la naturaleza... Y por encima de todas esas cualidades, la novedad de su amor y dedicación a su familia, a Tina y a sus hijos, como buen esposo y padre.

Unos años después, en la década de los 70, sin que pueda precisar cuando, durante unas vacaciones me acerqué a su casa —un entresuelo en el barrio de Salamanca— y el portero me dijo que ya no vivía allí. El buen amigo Pepe Bellón me informó de su traslado a Cáceres, como profesor en la Universidad de Extremadura. Y ya no lo ví más. Y lo siento, porque con él siempre me encontraba a gusto, sin hacer nada extraordinario, simplemente recordando y charlando de la vida, de lo humano y de lo divino, de sus cosas y de las mías, sobre las que tanto podíamos compartir para beneficio mutuo.

Su muerte me dolió y me sigue doliendo. Lo recordé con Tina unos meses después de su muerte, en septiembre, en su casa de Cáceres, junto con su hermano José Luis. Lo recuerdo ahora con el mismo afecto y lo recordaré siempre como el amigo que fue y es y como el amigo sacerdote que soy, en espera del nuevo y definitivo encuentro, sin término y gozo, que bondadosamente nos concederá Dios.

**FAUSTINO SAINZ MUÑOZ**

*La Habana, 15 de mayo de 1991*

*Pro-Nuncio Apostólico en Cuba*